



Buenos Aires, abril de 2023

DEMOCRACIA Y SINDICATOS CONTRA LA NATURALIZACIÓN DE LA INJUSTICIA

El neoliberalismo financierista nos propone, desde su aparato (de)formador de sentido, el naturalizar la injusticia.

Su oferta electoral en Argentina, con amplio aplauso de sus voceros mediáticos, no duda en prometernos “medidas duras, dolorosas pero necesarias”; “mayor esfuerzo”; “recorte de gastos”; “reducción de subsidios” y para lograrlo reconocen “es necesario terminar con los sindicatos”.

No atacan en su discurso a la Democracia como sistema porque confían en haberla sometido, bastardeado, de la mano del menos democrático de sus poderes, el que aplicando la “guerra judicial” persigue, amenaza y proscribire a los representantes de los intereses de las mayorías populares en todos sus niveles y apaña con lacónicos fallos a todo saqueador vestido de empresario o economista endeudador serial.

En otros tiempos, para los mismos fines usaron las dictaduras.

Fue necesario voltear a Yrigoyen porque recibía en la Rosada a “sindicalistas en alpargatas” y creó y defendió la primera empresa estatal petrolera del mundo.

Y no es casual que como respuesta a ese golpe se organizara la CGT.

Necesitaron poner bombas en el subte, bombardear Plaza de Mayo y finalmente derrocar al primer gobierno surgido de elecciones libres con voto universal. No podían tolerar la herejía del haber consagrado constitucionalmente los derechos del trabajador.

Y fueron otra vez los sindicatos la fuerza de Resistencia y de la larga lucha por el regreso de Perón y la Democracia.

Fue a partir del golpe cívico militar de 1976, que instauró la dictadura más sangrienta de la historia argentina. Cuando se produce, entre otros hechos, la derogación de la Ley de Contrato de Trabajo sancionada en septiembre de 1974, reemplazándola por la Ley

21400/76 que prohibía a lxs trabajadorxs realizar medidas de acción directa, desmantelaba las estructuras gremiales interviniendo la Confederación General del Trabajo y Confederación General Económica, así como también las 62 organizaciones y sindicatos de base. La huelga se transformó en un delito penal, se suspendieron los fueros sindicales y se intervinieron las obras sociales. Lxs trabajadorxs fueron perseguidxs, secuestradxs, asesinadxs, y forzadxs al exilio. El objetivo de la dictadura era disciplinar a la sociedad para instalar un modelo económico brutal y salvaje que dejaría a las mayorías afuera.

La política económica deterioró las actividades productivas nacionales, rompió todo lazo distribucionista, adelantó la especulación financiera y la fuga de capitales mientras tomaba deuda externa y estatizaba la deuda privada. Sin embargo y a pesar de la violencia física y simbólica, las organizaciones obreras en su mayoría opusieron resistencia convocando a huelgas que fueron reprimidas ferozmente como fue el caso de los mecánicos, ferroviarios, portuarios y Luz y Fuerza, sindicato cuyo secretario general, Oscar Smith, fue secuestrado y asesinado. Entre 1979 y 1982 se realizaron 3 huelgas generales con movilización que dejaron claro que la resistencia popular a la dictadura seguía viva y mantenía los mismos ideales.

El regreso a la democracia, ubicó a lxs trabajadorxs frente a un desafío enorme: por un lado, reconstruir los lazos colectivos desde la base y, por otro lado, recuperar a nivel fáctico los derechos arrebatados y así volver a levantar las banderas de la justicia social. No fue fácil en ese momento ni lo es ahora. Las consecuencias políticas, económicas y laborales del avance de la derecha tuvieron continuidad aún democracia y quedaron legalizadas en dos normas sancionadas entre agosto y septiembre de 1989: la Ley de Emergencia Económica y La Ley de Reforma del Estado, ambas cambiarían definitivamente el escenario propiciando el desguace de las empresas estatales y reformas sectoriales profundas como el caso de la reforma laboral de 1991 que despojó a lxs trabajadorxs de los últimos vestigios de la Ley de Contrato de Trabajo del 74.

El inevitable estallido social, político y económico del 2001 también fue cultural. El agotamiento de ese modelo empobrecedor que prescindía de trabajadorxs atentaba contra la identidad de nuestro pueblo que salió a la calle desafiando el decreto de Estado de Sitio en plena democracia. La respuesta popular de las organizaciones de trabajadorxs desocupadxs daba cuenta de la necesidad de fortalecer la representación sindical de aquellos sectores que aún tenían la suerte de estar ocupados. Ya nada podía ser como antes se avecinaban tiempos difíciles con una derecha amenazante que aún seguía acechando hambrienta de poder.

Los 12 años de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner marcaron la diferencia para los trabajadores y sus representantes. La negociación paritaria, la restitución y profundización de derechos sociales, la ampliación de

espacios de diálogo donde se podía disentir e incluso llegar al paro, se daba a la par de la presión de la derecha para volver al viejo esquema de “reproducción del capital sin trabajadorxs”. Las crisis internacionales, el conflicto con el campo que exigía eliminar las retenciones y la parcialidad de los medios de comunicación hegemónicos presionaban por marcar la agenda.

En 2015 el triunfo de la Alianza Cambiemos dio muestras de la verdadera cara de una derecha despiadada que levanta banderas del neoliberalismo exigiendo volver a la Patria exportadora y explotadora que desconoce los derechos de quienes hacen esa Patria. Sus ejecutores, al igual que lo hizo la Dictadura, ataron nuestro Pueblo al carro de la Deuda y el FMI para financiar un proyecto de dependencia, que excluye a lxs trabajadorxs, criminalizando y persiguiendo a sus dirigentes para ponerlxs en contra de la sociedad y que, promete volver en 2023 para lograrlo, pero esta vez con mayor voracidad. Se trata de una derecha sin escrúpulos que promete libertad sin justicia social reduciendo la democracia a la formalidad del voto, reinstalando valores competitivos, meritocráticos e individuales.

El proyecto neoliberal es político, cultural y también económico: Las decisiones económicas siempre son de carácter político y no al revés y, para lograr instalarlas (sobre todo cuando impactan en la vida cotidiana de los trabajadores) es necesario naturalizarlas en el sentido común.

Es decir, el triunfo de la derecha tiene bases culturales que generan que los afectados no cuestionen el sentido de los mensajes de los medios o de medidas económicas que los perjudican, pero que les dicen que es por su bien.

En este contexto los sindicatos tenemos también una disputa que hay que darla en el campo de la cultura cuestionando, desnaturalizando y desandamiando esos discursos. Los sindicatos tenemos la obligación de generar estrategias de descolonización cultural para que no nos impongan el discurso de la única salida frente de la única salida frente a la crisis es el ajuste del costo laboral y la pérdida de derechos. Tenemos que instalar la verdad: la Argentina no es un país pobre, lo que pasa es que está mal administrado y endeudado por los mismos que avanzan sobre nuestros derechos consagrados en la Constitución Nacional.

Tenemos una larga historia de triunfos, la resignación nunca será nuestro camino.

A cuarenta años de su recuperación, que pretendemos definitiva, devolverle a la Democracia su sentido transformador, inclusivo, bullente de participación, con Soberanía Popular y Justicia Social es el desafío.

En eso estamos.

En eso estamos.